

## Sesión necrológica

En memoria del Ilmo. Sr. Dr. D. Justo Aznar Lucea

Celebrada el 3 de marzo de 2022

*Luis Franco Vera \**

Tesorero de la R. Acad. Med. Comunitat Valenciana

EXCMA. SRA. PRESIDENTA,  
EXCMAS. E ILMAS. AUTORIDADES,  
EXCMOS. E ILMOS. SRAS. Y SRES. ACADÉMICOS,  
QUERIDOS FAMILIARES, COMPAÑEROS Y AMIGOS DEL DOCTOR JUSTO AZNAR LUCEA,  
SRAS. Y SRES. AMIGOS TODOS:

Para los miembros de número de esta casi dos veces centenaria institución, su vida académica se desarrolla entre dos actos extremos, el solemne acto de ingreso y la sesión necrológica. El primero de estos momentos, en el que el nuevo Académico pronuncia su discurso de recepción, es un acto alegre, en el que el Académico manifiesta su disposición esperanzada de colaborar con la vida de la Academia. En el segundo, es tradicional que un Académico designado por la Presidencia pronuncie unas palabras, la *laudatio*, en las que se suelen entremezclar sentimientos contrapuestos: el agradecimiento al Académico difunto por todo cuanto en su vida ha contribuido a realzar el prestigio de nuestra Real Academia y el sentimiento por su marcha.

En las breves frases precedentes he pronunciado varias veces la palabra vida y pienso que es, posiblemente, la que mejor podría servir como nervio de esta *laudatio*, porque el Dr. Justo Aznar apostó decididamente por ella. “En el momento de ser admitido entre los miembros de la profesión médica, me comprometo solemnemente a consagrar mi vida al servicio de la humanidad”, rezaba la primera cláusula del juramento hipocrático en su versión aprobada por la Asociación Médica Mundial durante su Asamblea General, celebrada en Ginebra en 1948. Y más adelante, ese juramento añadía: “Tendré absoluto respeto por la vida humana”. Son dos cláusulas que se mantienen en el texto aprobado en Chicago en 2017 y que el Dr. Aznar hizo suyas al

comenzar el ejercicio de la Medicina. Dos cláusulas en las que se habla de la vida: de la del médico que consagra la suya al servicio de los demás y de la de todos los hombres, que el médico se compromete a respetar absolutamente. Dos cláusulas que Justo Aznar ha respetado de modo ejemplar como tendremos ocasión de comprobar en estas pinceladas.

Y es precisamente por ese compromiso de Justo Aznar con la vida por lo que me atrevo a decir que esos sentimientos contrapuestos, que, como antes decía, tiene toda sesión necrológica, se decanten hacia el agradecimiento. Sentimos, sí, su marcha; no tendríamos corazón si no la sintiéramos. Pero en el fondo de nuestra alma el agradecimiento a Justo por su labor en la Academia y fuera de ella pienso que sirve de bálsamo para las heridas causadas por su fallecimiento. Es más, me atrevería a decir que nos podemos sentir reconfortados, incluso alegres, al constatar cómo puede gastarse una vida al servicio de tan nobles ideales como los que inspiraron su existencia. Y, como la muerte no es un velo que cubra todo, sino un tránsito a otro modo de vivir, pienso que su amor a la vida no se ha extinguido con su fallecimiento, sino que ha encontrado su pleno sentido.

Justo Aznar nació en Zaragoza el 26 de marzo de 1937. Fue el primero de los 9 hijos de Justo Aznar y María Lucea. De su padre, médico militar, heredó el nombre de pila, continuando así una tradición familiar que se remonta al siglo XVII, de modo que fue el sexto Justo Aznar. Justo también heredó de su padre y de dos tíos paternos su amor a la profesión médica. Y además del nombre y del amor a la Medicina, otro rasgo de los Aznar es lo numeroso de sus familias. Si su padre había tenido 9 hijos, nuestro Justo superó dicha marca y tuvo 10. La tradición continúa, ya que son 49 sus nietos y 16 los biznietos, entre los que se encuentra Justo Aznar noveno. El amor a la vida de Justo Aznar, se manifiesta también en esta lucha contra el invierno demográfico.

La vocación médica de Justo le llevó a estudiar Medicina en esta Facultad que acoge a nuestra Academia, para culminar su formación con la tesis doctoral que realizó en la Universidad de Navarra, dirigida por el Catedrático de Fisiología Prof. Juan Jiménez Vargas, y con la que obtuvo el Premio Extraordinario de doctorado. Pero me interesa resaltar, ya

desde ahora, que Justo no consideraba su vocación médica como independiente de su vocación familiar y de su vocación cristiana. Buena muestra de ello son las palabras que, en su discurso de ingreso en esta Corporación, para ocupar el recién creado sillón de Biopatología, dirigía Justo a su esposa, presente entonces igual que ahora. Cito a Justo: «Vicen, se puede marchitar tu cuerpo, cosa que como todos ustedes pueden comprobar no ha ocurrido, pero no se marchita, nunca se marchitará, tu alma. Te sigo mirando con la misma mirada enamorada con que te vi por primera vez cuando tenías catorce años. Gracias por haberme dado tu vida, lo que sin duda, con mi amor a Dios, contigo compartido, es lo mejor que poseo». Y en el discurso de contestación, el Prof. José Viña Ribes, Académico de número de nuestra Institución, citaba otras palabras de Justo: «de esta ya larga, por la edad, trayectoria profesional y humana, lo que sin duda más me complace en este momento casi final de mi labor profesional es tener la conciencia de que, con independencia de los pequeños logros que haya podido alcanzar dentro del área de la investigación, creo que nunca he antepuesto ésta a mi familia, que siempre ha sido el objetivo fundamento de mi vida, y siempre mi trabajo y mi familia han estado supeditados a Dios».

Estoy seguro de que esas palabras pronunciadas en 2008, podría repetirlas Justo si estuviera ahora en esta aula. Sólo desde esa unidad se puede entender su vida, que debo ahora glosar, pues que, como decía antes, un Académico designado por la Presidencia ha de llevar en este acto la voz de la Academia para pronunciar la laudatio. Agradezco de todo corazón a nuestra Excm. Sra. Presidenta que me haya confiado esta grata tarea.

Parece obvio que debo empezar hablando de los méritos científicos de Justo Aznar. Ciertamente fueron numerosos; si no aludiera a ellos, cometería una injusticia, pero si los detallara, mi parlamento resultaría interminable; permítanme, pues, que pase como de puntillas por ellos. Tras su regreso a Valencia, Justo Aznar fue creador y primer Jefe del Departamento de Biopatología Clínica del Hospital Universitario La Fe de Valencia, puesto en que permaneció hasta su jubilación en julio de 2006. Allí puso los cimientos del Centro de Investigación del Hospital La Fe, que

tanto contribuyó a dignificar el trabajo de laboratorio en el sistema sanitario.

Y, como los grandes héroes de las guerras antiguas, que en vez de dirigir las batallas desde un despacho lo hacían yendo al frente de sus huestes, Justo fue personalmente a la cabeza de la investigación biomédica, centrada especialmente en la Hematología. Publicó más de 500 trabajos de investigación en esta área. Los que hemos gastado muchos años en la investigación biomédica, sabemos que publicar 3 artículos en *The Lancet* u otros en *The New England Journal of Medicine*, *Nature Genetics*, o *Journal of Clinical Investigation* es de por sí un indicativo del valor de la investigación. El Dr. Aznar fue editor de *Thrombosis Research*, dirigió 20 tesis doctorales y publicó 30 capítulos de libros. Esta ingente tarea investigadora se ha visto recompensada por numerosos premios, entre los que destacaría el “Alberto Sols”, a la mejor labor de investigación en Ciencias de la Salud, el premio “Santiago Grisolia”, a la mejor labor de investigación, el premio “Salud y Sociedad” a la mejor “Trayectoria Profesional” de la Comunidad Valenciana otorgado por la Conselleria de Sanidad de la Generalitat de esta Comunidad Autónoma, o el premio a la “Trayectoria Profesional” concedido por el Colegio de Médicos de Valencia en 2013.

No quedaría completo este breve repaso de la investigación de Justo si se omitiera una referencia a sus publicaciones en Bioética. Su pasión por esta emergente disciplina le llevó a publicar 87 artículos de investigación y a dirigir 4 tesis doctorales en ella. Luego habré de referirme de nuevo a la faceta bioética de Justo Aznar; basten ahora dos breves apuntes. Por un lado, que su trabajo le valió ser designado en 2005 miembro de la Pontificia Academia para la Vida, en la que permaneció hasta que su estado de salud le impidió continuar. Por otro que, cuando por haber cumplido la edad reglamentaria se jubiló de su actividad en el Hospital La Fe, se incorporó a la Universidad Católica San Vicente Mártir, de Valencia, donde creó el Instituto de Ciencias de la Vida y dirigió los másteres en Bioética que siguen desarrollándose hasta ahora, habiendo llegado a su decimosexta edición. Más aún, en 2006 inició la andadura del Observatorio de Bioética en dicha Universidad, a cuyo trabajo me referiré más adelante.

Señoras y señores, podría seguir mucho tiempo hablando de los méritos científicos adquiridos por Justo, pero les he anunciado que sólo pasaría de puntillas por ellos. Para muchos de ustedes sería superfluo hacerlo de otro modo, porque han conocido de cerca su carrera investigadora. Y para los que no han tenido ese privilegio, una simple búsqueda en las bases de datos accesibles en Internet puede ser suficiente para llegar a ese conocimiento. Pero estoy seguro de que todos ustedes esperan algo más de esta *laudatio*, cuyo nervio conductor, aseguraba al inicio, es el amor a la vida del Dr. Justo Aznar.

Nuestras lenguas románicas han mantenido el término *laudatio* en el ámbito académico. El verbo *laudo*, en latín, significa alabar, elogiar. Se usaba en la antigüedad clásica, fundamentalmente, para ensalzar a los dioses, como elegía fúnebre, para alabar a una ciudad o a un personaje. A veces, la alabanza se teñía de inmerecido halago, que es algo bien distinto. No tendrá ese tinte la mía: sé que a Justo no le agradaban los halagos, pero conozco también su gran amor a la verdad y procuraré no desviarme ni un ápice de ella.

La Historia y la Literatura nos han legado piezas maestras de *laudationes* –mantengo la forma latina del plural– pronunciadas con ocasión del fallecimiento de algún personaje. Me son particularmente gratas la *Laudatio Turiae*, epitafio en honor de una esposa ejemplar, el discurso que William Shakespeare en su obra Julio César pone en boca de Marco Antonio en el funeral de César y la oración fúnebre de Pericles, recogida por Tucídides, en honor de los caídos en la guerra del Peloponeso. De las dos primeras he tenido ocasión de hablar en esta misma tribuna en una ocasión similar a la de hoy. Permítaseme ahora que tome prestadas algunas ideas de la tercera que, en opinión del escritor norteamericano Thomas Cahill, es el discurso más famoso de la historia. De hecho, ya fueron prestatarios de este discurso Abraham Lincoln cuando honró a los muertos en la batalla de Gettysburg, Winston Churchill en su primer discurso como primer ministro durante la Segunda Guerra Mundial y, más recientemente, John Fitzgerald Kennedy en su discurso de toma de posesión como Presidente de los Estados Unidos.

Al inicio de su discurso, con un cierto temor a no acertar, decía Pericles: «Debiera yo desear que la reputación de tantos hombres valientes no estuviera en peligro en boca de un orador único». Yo también temo no acertar; me resulta difícil honrar suficientemente la reputación de Justo. Con ánimo de recoger algunas ideas para elaborar esta *laudatio*, hablé con los colaboradores de Justo en el Observatorio de Bioética. Todos ellos tienen la impresión de haber sido el colaborador predilecto de Justo, porque supo tratar a todos, como si fuesen su único colaborador, con independencia de su condición. Conocía los detalles familiares de todos y, con su buena memoria, era capaz de recordarlos y, de esa manera, podía conseguir que todos ellos sacaran lo mejor de sí mismos. Hubo incluso quien me dijo que consideraba al Dr. Aznar como su segundo padre. No tengo inconveniente en confesarles que pensé, si una persona es recordada así por sus colaboradores, ¿cómo podré plasmar esos rasgos de Justo con mis palabras? Tengo la esperanza de que, al no ser el único orador en este acto, quienes me sucedan en el uso de la palabra corregirán las deficiencias en que pueda incurrir.

Su trabajo en el Observatorio de Bioética se apoyó en tres máximas, que repetía a sus colaboradores para que las hicieran suyas:

- Nuestra puerta ha de estar siempre abierta.
- Aquí no se habla mal de nadie.
- Trabajamos a tope.

Tres máximas que reflejan el sesgo que Justo quiso imprimir a su trabajo en defensa de la vida. Quería inculcar en todo su espíritu de acogida, incluso a quienes pensarán de modo radicalmente distinto al suyo. Acogida que le llevaba a no tolerar críticas –“odiaba el cotilleo”, dice una de sus colaboradoras–, aunque por su amor a la verdad manifestara noblemente, cara a cara –nunca a sus espaldas– las discrepancias que pudiera tener con las ideas de otros, pero no con sus personas. Y de ese “trabajamos a tope” –como de tantas cosas– dio ejemplo con su vida. Un ejemplo que le llevaba a entrar en la sede de la Universidad Católica a las 7 de la mañana, y que le permitió –otra vez vemos al héroe yendo por delante de sus huestes– ser exigente con sus colaboradores. Dice a este propósito el Dr. Julio Tudela que cuando le pedía que estudiara algún

asunto y le rogaba que lo hiciera con paz, entendía que se lo pedía con urgencia, tal vez para ese mismo día. Y añade, no con tono de queja sino de admiración: “con sus 84 años, nos llevaba de cabeza”. Como pueden ustedes apreciar, el buen humor de Justo ha sido también herencia para sus sucesores.

Respetando siempre esa coherencia entre las distintas facetas de su vida –profesional, familiar y cristiana–, no era raro verle trabajando en fines de semana. O levantándose al despertar a media noche para escribir una idea que le había venido a la cabeza para su trabajo en Bioética, actitud que llevaba a Vicens a decirle con una mezcla de admiración y cariño: “estás como una cabra”.

Amor a la vida y a la verdad, decía al principio que fueron dos características del modo de ser de Justo. Y esa compenetración le llevó a desplegar su pasión por la Bioética, siempre con respeto a las opiniones contrarias, con exactitud científica. Solicitó, por ello, el cambio de denominación de su sillón en esta Real Academia por la designación de Bioética, solicitud que fue aprobada. De este modo, esta pujante disciplina biomédica se pudo tratar con el rigor propio de nuestra ilustre Corporación.

Señoras y señores, quizá se pregunte alguno de ustedes a qué se debe mi alusión al famoso discurso de Pericles, que se dedicó a honrar a unos héroes que contribuyeron a encumbrar a Atenas. Pero en mi opinión, el paralelismo es claro. Justo vivió con heroicidad, una heroicidad en lo diario, en lo pequeño, con esa heroicidad de los santos de la puerta de al lado, por decirlo con la acertada frase del Papa Francisco. Porque Justo, fiel a su vocación como Supernumerario del Opus Dei, comprendió que debía buscar la santidad en lo ordinario y hacérselo ver a quienes le rodeaban. Pueden decir así sus hijos que entre los múltiples consejos que su padre les daba, uno estaba siempre por encima de todos: “hijo mío, no lo olvides nunca; lo verdaderamente importante en la vida es ir al Cielo”. Y si los héroes del Peloponeso encumbraron a Atenas, Justo ha contribuido a encumbrar aún más a nuestra Academia, a la profesión médica en general, insistiendo en ese aspecto humano que siempre ha sido

compañero inseparable del buen médico y en ese compromiso con la vida que está en su entraña misma.

“Vosotros mismos, con vuestra acción, debéis exaltar el poder de Atenas (...) hasta que el amor por ella llene vuestro corazón”, exhortaba Pericles a los atenienses animándolos a imitar a sus héroes. Puedes estar tranquilo, Justo, que quienes continúan tu labor en la Academia y en la Bioética quieren también llenar su corazón con tus ideales. Y, siguiendo también a Pericles puedo decir a quien ha muerto con las botas puestas que “No son desgraciados quienes gastan su vida en aras de lo justo (...), aquellos cuya vida ha sido tan bien medida que pudiera acabar en la felicidad de servir de modelo”.

He de terminar; no quiero abusar más de vuestra paciencia. Pero quiero hacerlo dirigiéndome especialmente a la familia de Justo. A vosotros, sus hijos, os diría que vuestro padre ha dejado el listón muy alto, pero que lejos de ser una meta inalcanzable, sea para vosotros un constante estímulo. Y, como detrás de un gran hombre hay siempre una gran mujer, puedo añadir, Vicen, con palabras de Pericles: “He de decir algo sobre la excelencia femenina de aquellas, entre vosotras, que se encuentran hoy en la viudez. Grande ha de ser vuestra gloria.”

He dicho.